



La Ilustración Católica

BADILLO

MANCHON

SUMARIO.

TEXTO.—Revista, por D. V. P. Nulema.—Crónica de Roma, por D. F. M. Melgar.—Jesus (poesía), por D. Casimiro del Collado.—Don Buenaventura Iniguez, II, por D. Joaquin Guichot.—Poesías de D. Casimiro del Collado, por D. M. Menendez Pelayo.—Cuando sopla el viento...—Los grabados, por X.—Jeroglífico.

GRABADOS.—Arte cristiano: Fac-símile de una miniatura del libro de Horas de Ana de Bretaña.—Escultura española: La Virgen de los Dolores (Escultura de Zarzillo).—Hazañas del moderno vandalismo: Fachada del castillo de Astróga, edificada en el siglo XV y demolida en Agosto de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.
Tres meses... 16 rs.
Un año... 60 »
Cuba y Puerto-Rico.
Seis meses... 2 1/2 ps.
Un año... 4 »

PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.
Seis meses... 11 fr.
Un año... 21 »
Filipinas y Méjico.
Seis meses... 3 1/2 ps.
Un año... 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Madrid 21 de Marzo de 1880.

ADMINISTRACION: JESUS DEL VALLE, 23 Y 25, PRINCIPAL.

Epoca 2.ª—Año IV.—Tomo III.

NÚMERO 35.

Número suelto, real y medio.

REVISTA.

Hay que convenir en una de dos cosas: ó nuestros padres no hablaban castellano, ó la generacion presente es extranjera en su patria.

El lenguaje de ayer no es el de hoy: Fr. Luis de Granada hablaba otra lengua que Castelar; Cervantes metido en el Ateneo se quedaria sin entender una palabra ó entenderia las cosas al revés, que es todavía peor.

Y, sin embargo, hombres hay que se glorían de pertenecer á este siglo, y dicen muy formales que han aprendido á escribir y hablar en los clásicos del décimosexto. Con todo el respeto que estas lumbreras de la ciencia moderna se merecen, declaramos que mienten á sabiendas, porque la lengua castellana no se hizo para boca de herejes, como no se hace la miel para la boca del asno.

¿Parecen duras las palabras? Pues son castellanas de pura raza, y vienen al cuento como anillo al dedo.

Es el caso que por el correo interior recibimos ayer una carta anónima, que trascrita á la letra dice de este modo:

«Muy señor mio y de mi aprecio: Leo con mucho gusto sus Revistas de usted, y estoy conforme con muchos de sus juicios sobre los sucesos que en ellas se narran; pero por lo mismo que esto es así, y por lo mismo que le aprecio, lamento que sea usted algunas veces *exagerado*, sobre todo en censurar las costumbres actuales. ¿Quiere usted convertir la sociedad en un convento? ¿Quiere usted que durante la Cuaresma se cierren todos los teatros, y las gentes anden descalzas por las calles dándose golpes de pecho? Eso es *exagerar*: la sociedad tiene sus exigencias, y por eso dijo Jesucristo: «Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.» Lo cual quiere decir que cuando vayamos á la Iglesia procuremos estar con devocion y orar con recogimiento que edifique á nuestros prójimos, y que cuando estemos en sociedad, atendamos

ARTE CRISTIANO.



FAC-SÍMILE DE UNA MINIATURA DEL LIBRO DE HORAS DE ANA DE BRETAÑA QUE REPRESENTA LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA Y LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS.

á vestir con elegancia y á mostrar modales finos y distinguidos para merecer las simpatías de los demás, y hasta el aplauso público. ¿Por qué no ha de haber conciertos en Cuaresma? La Iglesia no rechaza las artes; ántes bien las ama y favorece. Déjese, pues, de *exageraciones*, que una cosa es la Iglesia y otra la Castellana, y así como el templo debe oler á incienso, también es justo que las calles huelan á distraccion y á fiesta. Soy de usted afectísimo, S. S. etc.»

Al concluir de leer la carta cogimos el Diccionario de la lengua castellana, justamente el que usó nuestro abuelo, y en la palabra *exagerar* leímos: «Encarecer, abultar una cosa dando de ella idea mayor de la que en realidad le corresponde.»

Ahora bien, ¿es abultar la piedad cristiana, y dar mayor idea de la que en realidad le corresponde, decir que no se compadece con las disipaciones de la vida moderna?

Volvamos al Diccionario: ¿Qué es piedad? «Virtud que mueve é incita á reverenciar, acatar, servir y honrar á Dios nuestro Señor, á los padres y á la patria.» ¿Y necesitaremos decir aquí lo que nuestros padres entendían en la palabra patria? La patria, más que otra cosa, la forman las costumbres, y por eso en las costumbres debe reflejarse la piedad de los pueblos. ¿Y es piadosa costumbre gastar en fiestas lo que no se tiene; apurar hasta las heces la copa de todos los placeres, y divorciar las calles de los templos, aislando la religion para que no trascienda á la vida pública?

Hoy se llama *exageracion* á la verdad, introduciendo en el lenguaje una confusion que trastorna los entendimientos. Y el síntoma terrible del mal de estos tiempos, es que la confusion aumenta de modo que ya va siendo imposible hablar en castellano y que le entiendan á uno sus mismos convecinos. ¿Cómo podrán entendernos las generaciones futuras? ¿Qué idea formarán del lenguaje que han introducido

las nuevas ideas? ¿Qué crédito les merecerán estos tiempos?

Por fin vendrá á suceder lo de aquel hablador embustero que se confesaba de haber murmurado gravemente, y en público, de una persona respetable.—Es preciso que restituyas la fama que has quitado, dijo el confesor, y que en público te desdigas de las mentiras que has echado. Entonces, el penitente muy afligido, exclamó:—¡Ay Padre! ¿Y cómo va á ser eso, si sabiendo que miento tanto no me creerán?—Tranquilízate, hijo, replicó el confesor, sin ese requisito puedo absolverte, porque siendo tan embustero nadie habrá creído tus murmuraciones.

¿Quién podrá creer á los murmuradores de estos tiempos?

En prueba de arrepentimiento, insistimos en que las diversiones de Madrid están en su apogeo. La semana de Pasión ha sido una semana bien aprovechada.

El beneficio de Gayarre ha llevado al Real numerosísimo público ávido de escucharle; el beneficio de Sarasate ha llenado de bote en bote el circo del Príncipe Alfonso; los beneficios de Calvo y los de otros muchos actores de los diversos teatros, han sido otras tantas fiestas extraordinarias que han contribuido con cuatro conciertos, una corrida de toros, y una serenata máxima, á divertir al público piadoso que murmura de nuestras *exageraciones*.

Que la Iglesia no se opone á las recreaciones honestas, es evidente; que un concierto de música clásica es cosa muy honesta, también lo afirmamos; pero de tal modo pueden tomarse las recreaciones, y tal abuso puede hacerse de los conciertos de música clásica, que se convierten en un mal y de consecuencias deplorables.

Cuéntase de un enfermo que habiéndole recetado el médico que se bañase las piernas, se metió en un estanque y le sacaron medio muerto.—¿Qué ha sido eso? preguntó el doctor alarmado de la novedad.—Que sin duda no me ha probado el baño, replicó el enfermo, y por poco me ahogo.—¿Pues á dónde le ha llegado á usted el agua? replicó el médico.—Señor, al tobillo, nada más que al tobillo.—No comprendo entonces el peligro.—Ah, Señor! es que me he metido de cabeza.

Que se apliquen el cuento los que hacen de las recreaciones honestas, y áun saludables, un abuso continuo, engolfándose y sumergiéndose en el agua de rosas de los placeres sociales.

Un punto negro tenemos que señalar en la Semana de Pasión. Este punto puede multiplicarse hasta diez y siete millones de puntos, ó más bien de reales.

Tal es el déficit del presupuesto aprobado por el Ayuntamiento de Madrid para el año que viene, salvo algunos millones más que irán saliendo en forma de suplementos de crédito.

En cambio se ensancharán varias calles, se aumentará el arbolado público, y se harán otras muchas reformas en el ornato de la capital.

El déficit con que se presentaron los presupuestos, era de 40 millones; pero de la discusión ha resultado ese ahorro, suprimiendo varias partidas del presupuesto de gastos. Una de ellas se refería, según parece, al aumento de faroles en ciertas calles y á la introducción de aparatos más luminosos en las que ya existen. Es decir, que los discursos de la oposición radical han conseguido que se haga esta rebaja, con la cual estamos enteramente conformes.

Vean ustedes como no siempre de la discusión sale la luz.

El presupuesto total de gastos del Ayuntamiento de Madrid, asciende á la enorme suma de 133.330,836 reales.

De esta cantidad se destinan á mantener escuelas 754,991 pesetas, y objetos benéficos 842,335. Total en reales 6.389,304.

Queda un excedente de 126.941,532. De los cuales se invierten 8.040,940 en sueldos de empleados, secretaría y gastos de representación.

La suma restante, que no es floja, se invierte en los servicios municipales, que debieran estar admirablemente cumplidos, á juzgar por lo que cuestan.

Pero ya se vé, con derribos como el de la calle de Sevilla á 27 duros el pie cuadrado; con festejos como

los de las bodas reales, y con otras calaveradas por el estilo, el presupuesto viene tan estrecho que no alcanza á cubrir nuestras necesidades.

Si el gas no alumbra bien; si los árboles de los jardines públicos no prosperan; si el empedrado de algunas calles es el que dejaron nuestros abuelos; si la luz eléctrica de la puerta del Sol parece destinada á enseñar á los madrileños la teoría de los eclipses; si por último, los mercados dejan mucho que desear, y las carnes del Matadero inspiran recelos á la higiene pública, no será porque andemos escasos en gastar, ni porque el Ayuntamiento de Madrid no sea de los más espléndidos que existen en España.

El presupuesto de gastos del año último, era de 25.580,737 pesetas. El actual, según hemos dicho, de 33.332,709 pesetas.

Problema: ¿dónde llegaremos el año que viene?

La Guardia civil ha comenzado á dar caza á las bandas de malhechores que infestan las provincias de Madrid, Ciudad-Real y Toledo.

Un periódico muy leído decía ha ce pocos días: «La Guardia civil de la línea de Illescas ha llevado á efecto la captura de dos importantes malhechores, etc.»

Prescindiendo del estilo de dar la noticia, que no es muy castizo, pues con decir, «la Guardia civil de la línea de Illescas ha capturado dos importantes malhechores», se ahorra el redactar cinco palabras y el impresor una línea; la verdad es que el calificativo dado á los malhechores es de lo más chusco que puede imaginarse.

Persona de importancia, dice el Diccionario, es la que está dotada de gran representación por su dignidad ó calidades. Importante es participio activo del verbo neutro *importar*, que significa «convenir, ser útil para alguna cosa.»

Dos importantes malhechores son, por consiguiente, dos respetables personajes, muy dignos y muy convenientes para la defensa de los intereses sociales. En los días anteriores al Cristianismo, antes de que la sangre del Justo hiciese fecundo el árbol de la cruz, solían darse cruces á los malhechores.

Como ahora volvemos á los días del gentilismo, no tendría nada de extraño que tan importantes malhechores recibiesen sus cruces. Se han dado ya casos.

El Sr. Gobernador de Madrid ha prohibido terminantemente que se celebren funciones teatrales durante la Semana Santa.

También las Cortes han suspendido las sesiones hasta el 1.º de Abril.

La parte sana de la población de Madrid se dispone á celebrar dignamente los misterios de nuestra Redención, y muchas gentes salen estos días para Toledo y Sevilla, con objeto de asistir á los solemnes cultos de estas catedrales.

Mucho trabaja la revolución por desarraigar la fé de los entendimientos y la piedad de los corazones; pero á pesar de sus estragos, nuestro pueblo es eminentemente religioso y se complace en las grandes solemnidades de la Iglesia.

No hemos podido oír sin enternecimiento de los labios del R. P. Fita las muestras de religiosidad que ha presenciado en el pueblo de Cádiz, durante los días de sus conferencias. En las misiones que allí han dado los PP. Lobo, Cenzano y Pedroso, ha sucedido lo mismo: las iglesias llenas, las comuniones numerosísimas, el entusiasmo de los fieles indescriptible.

Ahora bien, Cádiz pasa, y tal vez con razón, como una de las ciudades de España más trabajada por la masonería y el racionalismo. ¿Qué no podrá esperarse del resto de España, cuando allí se ofrecen tan consoladores ejemplos?

V. P. NULEMA.

CRONICA DE PARIS.

¡Lástima que Don Alfonso el Sábio no viva todavía! Para el bueno cuanto desventurado monarca no habría en la tierra delicias comparables á las que le produciría un paseo por las calles de París en estos momentos.

A cada paso, al volver cada esquina, delante de cada escaparate ó de cada kiosco, caería en éxtasis contemplando embebecido su adorado, su misterio-

so, su cabalístico número 7, dueño absoluto de la ciudad.

París sufre una erupción de sietes.

Los hay de todos tamaños, de todos colores, para todos los gustos.

Los radicales habían pasado un año entero agotando las combinaciones que puede ofrecer la caricatura, para presentar á los conservadores el amenazador número 7 bajo todas sus formas.

Rechazado el célebre artículo, principian ahora los caricaturistas conservadores á devolver la fineza á los radicales, lo cual es de buena guerra. Y tanta prisa se dan, que en tres días sus sietes pueden casi hacer ya competencia á los de los contrarios.

La erupción ha llegado, pues, á su momento álgido, con gran desesperación de Julio Ferry, que después de haberla contemplado impasible, si no risueño, por espacio de once meses, ocurrese al duodécimo acudir á los tribunales.

El 7 que ha tenido el privilegio de sacarle de quicio, se debe al lápiz del *Triboulet*, y representa una flamante horca de la cual está colgado; para que el 7 resulte con todos sus perfiles, un hombre con la misma cara, las mismas patillas, los mismos pantalones de campana y los mismos zapatos escotados comunes á todos los mozos de café y al ministro de Instrucción Pública en Francia.

El ahorcado no lo está por el pescuezo, sino por la nariz, que es fenomenal, y que al quebrarse forma naturalmente otro siete pequeño.

Julio Ferry, cuya perturbación nasal es digna de ser cantada por un nuevo Quevedo, pretende que el *Triboulet* le ha retratado sin su permiso, y exige que se castigue al audaz.

El tribunal impondrá probablemente unas pesetas de multa al *Padre Cobos* francés. Y este las pagará gustoso á trueque de haber hecho confesar á Julio Ferry que él mismo considera á su nariz como «un elefante boca arriba.»

Los conservadores siguen la máxima de Fígaro, tomando á risa el artículo 7.º, «por miedo de que si no les hace reír les haga llorar.»

Hoy, 15 de Marzo, á la hora en que escribo, está reunido el Senado para votarle, es decir, para rechazarle en segunda deliberación.

Pocos momentos después, á las 7 de la noche, acudirán á la cita que el Presidente del Consejo les ha dado, los representantes de los cuatro grupos que en la Cámara de Diputados constituyen la mayoría. Juntos con los ministros acordarán esos árbitros de los destinos de Francia, la línea de conducta que los poderes públicos deben seguir para hacer ilusorio el acuerdo de los Senadores.

La opinión dominante, entre tirios y troyanos, es que Freycinet quiere realizar este imposible, que un proverbio francés llama «salvar la cabra y la col.»

El Presidente del Consejo desea que á él no se le quite la cartera, y que los jesuitas continúen gozando de sus derechos de ciudadanos, ni más ni menos que el último de los comunistas amnistiados recientemente.

Para conseguirlo asegúrase que está dispuesto á hacer de palabra, todas cuantas concesiones se le exijan, incluso la de pronunciar un discurso declarando que á sus ojos un tomador del dos es un Niño Jesús comparado con un discípulo de San Ignacio, pero á condición de que la mayoría se contente con palabras y le deje á él árbitro de traducirlas por hechos en el momento oportuno.

Pronto sabremos si el milagro se verifica, y si la cabra sigue viviendo del aire, aunque no la den á comer la col.

Entre tanto nosotros, que no somos en este sitio políticos, démonos á meditar en silencio sobre este espectáculo:

Un país cuya Constitución dice: «Las leyes han de hacerse con el concurso de dos Cámaras, la de Diputados y la de Senadores,» y que la primera vez que una de ellas deja de decir *amen* á los acuerdos de la otra, coge el cielo con las manos, y exclama: «Rodamos hacia el abismo; estamos en plena situación facciosa; hay un cuerpo del Estado al que se pide la bolsa ó la vida, ¡y dice el réprobo que quiere guardar ambas!»

El artículo 7.º ha calmado un poco la agitación producida por el proceso de Hartmann.

La verdad verdadera en este asunto es la siguiente:

Hartmann fué preso por el prefecto de policía, Andrieux, sin que el poder administrativo diera cuenta, naturalmente, al Poder legislativo, de lo que pensaba hacer.

Hartmann, que vivía en casa de un ebanista bajo el nombre de Mayer, sobrecogido por la incomunicación que se le impuso, confesó á las cuarenta y ocho horas todo lo confesable: que se llamaba Hartmann, que era ruso, que pertenecía en cuerpo y alma á los nihilistas, y que era el principal autor del atentado contra el Czar en la línea férrea de Moscow.

Pero en Francia sólo existe la división de poderes, hoy día de la fecha, en el papel. En la realidad de las cosas se vive bajo el dominio de una Convención latente, pues tal es el oficio de la Cámara de Diputados.

Esta, durante aquellas cuarenta y ocho horas, metió el resuello en el cuerpo al Poder ejecutivo, y Hartmann recibió la galante invitación de retractar todas sus declaraciones. «Niegue usted su delito, niegue la futesa de haber volado un tren, niegue su nacionalidad, niegue que es de día, niegue hasta su nombre, y cuando le pregunten cómo se llama, responda que Juan Niega; á esa costa le prometemos la libertad.»

Punto por punto se doblegó al programa el pupilo del carpintero socialista, y su docilidad fué recompensada. Contestóse al príncipe Orlof que aquel hombre no era nadie (pues si no era Hartmann no podía ser nadie), y se le embarcó lindamente, á expensas del Estado, en el tren para Inglaterra, con orden expresa de decir que él había pedido salir de Francia, y que el Gobierno se hubiera guardado muy mucho de expulsar *ab irato* á persona tan interesante.

Precedieron á este desenlace tumultuosas reuniones de ambos sexos, en las cuales representó el principal papel el ebanista-pupilero del faubourg Saint-Honoré.

Este aprendiz de diputado pronunció arengas conmovedoras contra un Gobierno que llamándose amigo del pueblo retenía «entre cadenas» á un joven «modelo de la más alta moralidad.» Hubertina Auclerc intervino en los debates para decir de pasada que el mundo seguiría siendo víctima de tales atropellos, mientras no se reconociesen derechos políticos á las mujeres; Víctor Hugo soltó su *quos ego* con su epístola, asegurando á los ministros que él les respondía de que no tenían derecho «para entregar á aquel hombre,» y aquel hombre no fué entregado.

¡La carta de Víctor Hugo!

Aquí la traduciría si no tuviese á mano otra mejor, que es la siguiente de Félix Pyat á Garibaldi:

«Londres, 1.º de Marzo de 1880.

«Antiguo amigo mío: El último atentado contra el déspota de todas las Rusias, confirma vuestra frase inmortal: «La Internacional es el sol de mañana.»

«Desde el primer Rey hasta el último Presidente de una república conservadora, deben desaparecer de grado ó por fuerza.

«Unid vuestra voz á la de los socialistas franceses, para protestar contra la proyectada extradición de nuestro valeroso amigo Hartmann.

«El territorio francés debe ser inviolable para los proscritos que quieran, como nosotros, la *acción armada* para establecer la república universal, socialista y democrática.

«Recibid un apretón de manos, y salud á vuestra encantadora esposa.

«Vuestro leal amigo,—Félix Pyat.»

Garibaldi contestó con la siguiente epístola:

«Caprera, 6 de Marzo de 1880.

«Carísimo Pyat: Sois el héroe popular de las barricadas parisienses. Gracias por vuestra afectuosa carta, aunque debiera quejarme de vuestro largo silencio.

«Hartmann es un joven valeroso á quien deben gratitud y estima todas las gentes honradas. El ministro Freycinet y el presidente Grévy, no mancharán por lo tanto su nombre de republicanos honrados, con la extradición de un proscrito político. Eso sería propio de las hienas de Versalles.

«El asesinato político es el secreto para llevar á buen puerto la revolución. Los monarcas llaman

asesinos á los amigos del pueblo. Los republicanos verdaderos, Agésilao Milano, Pietri, Orsini, Pianori, Monti y Tognetti, fueron llamados en su tiempo asesinos; hoy son mártires y objeto de veneración para el pueblo.

«Hoedel, Nobiling, Moncasi, Passavante, Solorief, Otero y Hartmann, son los precursores del gobierno futuro: la república social.

«Asesino es el execrado sacerdote que asesinó primero el progreso con ayuda de las hogueras, y que asesina ahora las conciencias con ayuda de la mentira.

«A los curas es á quien hay que deportar á Siberia, y no á los compañeros de Hartmann.

«Os estrecho afectuosamente la mano. Salud al bravo Vallés.

«Siempre vuestro.—G. Garibaldi.»

Après ça il faut tirer l'échelle, dicen los franceses.

Después de esas cartas el diluvio, diremos los españoles.

Hay algo muy peregrino, más peregrino que el texto mismo, en esos dos modelos del género epistolar.

Un periódico enemigo de Pyat y de Garibaldi, ha sido el primero en publicar esas dos cartas, copiadas luego por casi toda la prensa.

El estilo y las ideas son tan propios de los que las firman, que su autenticidad no podría ofrecer duda ninguna, á no ser por dos detalles sangrientos.

Pyat llama «encantadora» á la ex-nodriz vieja y vulgarísima que es digna esposa civil de Garibaldi.

Garibaldi devuelve á Pyat la flor llamándole «héroe de barricada.» Cuando en París es público y notorio que Pyat, el más cruel y el más sanguinario de los héroes de la *Comune*, no ha consentido nunca en tomar un fusil, ni en acercarse en muchos kilómetros al sitio donde cayeran balas. Siempre estaba en los cuarteles generales, y en los sótanos, de donde no podían sacarle sus compañeros mientras sonasen descargas.

Esos dos datos permiten suponer que las cartas son invención de un bromista de mal género.

Pues bien—¡horrible señal de los tiempos!—Ni Garibaldi, ni Pyat, ni ninguno de sus órganos autorizados de París, se atreven á desmentirlas.

Es más, no pueden hacerlo so pena de que los tigres de Panurgo que forman las masas demagógicas, exclamen: «¿Con que Garibaldi y Pyat se avergüenzan de que se les atribuya ese hermoso lenguaje? ¡Corrientel! ¡Ya tenemos dos jefes más comprados por los jesuitas!

Cierro esta carta sin poder esperar al resultado de un ensayo que tiene en el gran boulevard á no sé cuantos millares de curiosos con un palmo de boca abierta, el ensayo de los relojes neumáticos, verificado con toda solemnidad á esta hora (cinco y media de la tarde) bajo la presidencia de los ministros y del embajador de Austria, por ser austriaca la empresa encargada de introducir en París esa invención.

Desde hace más de un año anda el Ayuntamiento dando vueltas al problema, hasta ahora insoluble, de la unificación de la hora en París.

Colocáronse tres meses há, en cuatro grandes centros, cuatro relojes que costaron un dineral, y que *debían* dar invariablemente la hora del Observatorio.

Pero los relojes, émulo de ciertos gobiernos que yo me sé, *debían* y no pagaban.

Ni veinticuatro horas anduvieron acordes.

El Ayuntamiento de París tuvo la gloria de parecerse en algo á Carlos V, y sus relojes le dieron los mismos malos ratos que al solitario de Yuste los suyos.

Ahora plantea los relojes neumáticos, movidos todos con una impulsión única, y gracias á eso conseguirá por lo ménos una cosa:

Que si andan mal, anden todos mal, uniformemente.

F. M. MELGAR.

París, 1880.

JESUS.

Á DOÑA E. G. DE C.

Nonne hæc oportuit pati Christum,
et ita intrare in gloriam suam?
SAN LUCAS, XXIV, 26.

Despojado de luz el firmamento,
Rugiendo en quejas el salobre abismo,
La tierra en convulsión, natura toda
Absorta ante el horrendo cataclismo,
Anuncian se consuma el gran portento
Que sobre todos los prodigios crece;
Y un labio que alta inspiración ampara,
Al asombrado Arcópago declara
Que el universo espira, ó Dios padece.

¡Ciega Salém! De Sinaí las tablas
A sabor de tus vicios interpretas;
Por Fariseos hablas,
Y los á tí mandados sacrificas.
Lapidadora antigua de Profetas,
¿Cómo la culpa explicas
Que al linaje de Adán mancha y oprime,
Si á la expiatoria cruz niegas la mente,
Que erigida del Gólgota en la frente,
Al universo mísero redime?

¡Error de muerte tus entrañas roel
De David el salterio
No alegra ya las ondas de Silóe.
Tiénete el oro en duro cautiverio;
El sensual paganismo te contagia;
Y de Ezequiel borradas las visiones,
Nada á tu yerto espíritu presagia
Que esperado Mesías
Ya huella de Israel los pabellones,
Y descifrando signos y figuras,
Apropiándose humanas amarguras,
Realiza el vaticinio de Isaías.
¡Salém! por eso en porvenir cercano
De tu garganta arrancará el romano
El lamento inmortal de Jeremías.

Bajo de un mismo cetro sojuzgada
La humanidad, tras lid desgarradora,
En vaga expectación á toda hora
Vuelve á los cuatro vientos su mirada.
Entonce en un rincón de Palestina,
El humilde Moisés de Galilea
Promulgando vivífica doctrina,
La paz del alma y el consuelo crea.

Él beatifica la pobreza, el llanto:
Ensalza la humildad: el tierno niño
Al ángel equipara con cariño:
La mujer emancipa: el dogma santo
Del derecho á los débiles señala;
Y mientras á todos en su amor iguala,
Moralista, Profeta, Dios en suma,
Traza en ragos divinos
El origen del hombre y sus destinos.

¿Qué maestro enseñó la siempre nueva,
Trascendente doctrina, que así manda
Amar al enemigo, aún en su furia,
Como rogar al Padre respondiendo
Al flagelar de inmerecida injuria?
¿Quién dió de caridad tan alto ejemplo,
Y á la virtud tan célica fragancia?
¿Quién de fraternidad y tolerancia
Zanjó en la tierra el admirable templo?
Es su lenguaje extraña melodía,
Sencilla y poderosa:
Ni del génio de Grecia procedía,
Ni del arte de Roma portentosa.
El solo nombre de Jesús encierra
Tesoro de ternura y poesía
Que no cabe en el tiempo ni en la tierra.
Inventado en los cielos, de los mundos
Penetra la extensión, allí fulgura
Por toda eternidad, y con fé pura
En torno de su gloria indeficiente
La adoración erige sus altares,
La elevada razón en él se afianza,
Y por siglos y siglos á millares,
El áncora será de la esperanza.

Tal es, Salém, el Dios que con prolijos

Suplicios ya tu insensatez provoca,
Su sangre sobre tí, sobre tus hijos,
Llamando impía con blasfema boca.
Pudo burlar tu afán, como en su enojo
Pudo romper los diques del diluvio
Y secar los abismos del Mar Rojo;
Pero á su obra divina consagrado,
El rayo de su fuerza encadenado
Yace al pié de su cruz; y muerte, oprobio

Aceptando del hombre que le abruma,
Del hombre al fin la redencion consuma.

¡Creador! ¡Redentor! ¡Padre dos veces!
¿Cómo podrá elevarse el pensamiento
De gratitud al justo rendimiento
Que por tu inmensa abnegacion mereces?
Por tí con largas creces
La criatura el perdido Eden recobra;

De la copa del mal vierte las heces,
De gozo y bendicion en frutos sobra.
Los grillos del error y del averno,
Gran Regenerador, tu diestra rompe;
Y con libre conciencia,
Sin sangriento holocausto,
En incienso de amor, en inextinguible
Culto puro, tu grey te reverencia.

ESCULTURA ESPAÑOLA.



LA VÍRGEN DE LOS DOLORES. (Escultura de Zarcillo.)

Cumplióse el asombroso
Decreto inescrutable: de la tumba
Renaces glorioso!
¡Víctima y triunfador! doquier retumba
El son de tu victoria;
Y sus himnos jocundos
Estremecen de júbilo los mundos
Y los cercos eternos de la Gloria.

En tu suplicio y triunfo

Fenece el mundo antiguo, el nuevo empieza;
Cumplida con insólita grandeza
En la Sion eterna tu justicia,
En la Sion celeste ya propicia
Reina tu paternal misericordia;
Y de la creación en el gran templo
Siempre ¡oh Cristo! será, será tu ejemplo
La clave de esperanza y de concordia.

CASIMIRO DEL COLLADO.

D. BUENAVENTURA ÑIGUEZ.

II.

En cumplimiento de lo que ofrecimos en nuestro artículo anterior, damos en este la biografía del eminente maestro compositor Sr. D. Buenaventura Ñiguez, creyendo que será vista con agrado por todas las personas que rinden culto apasionado al arte músico español, sobre todo cuando es un dignísimo sacerdote quien le cultiva con universal aplauso.

El Sr. D. Buenaventura Iñiguez nació en la ciudad de Sangüesa, provincia de Navarra, en el mes de Junio de 1840. Desde su más tierna infancia manifestó irresistible vocación hacia el divino arte de la música, vocación que sus padres estimularon prudentemente, dándole por maestro, cuando apenas contaba siete años, al organista de la parroquia de Santa María, con quien durante algunos meses estudió el solfeo, practicándolo en toda clase de obras vocales, de diferentes voces y géneros, y ejercitándose á la vez en el órgano y en el piano con notable aprovechamiento.

A los once años ingresó en las Escuelas Pías de Sós, donde cursó las materias de segunda enseñanza durante cuatro años, obteniendo en todos ellos en los exámenes de fin de curso, la nota de *sobresaliente*. El estudio del latín y de otras asignaturas, la falta de maestro de música y la carencia de todo estímulo durante aquel primer período de su educación, no fueron causas para que se entibiase en él su amor al arte, cuyo culto profesaba desde la niñez; antes bien sirvióronle de poderoso aguijón para que lo cultivase con ardor, estudiando en las buenas obras de música,

así orgánica como vocal que adquiría con su peculio.

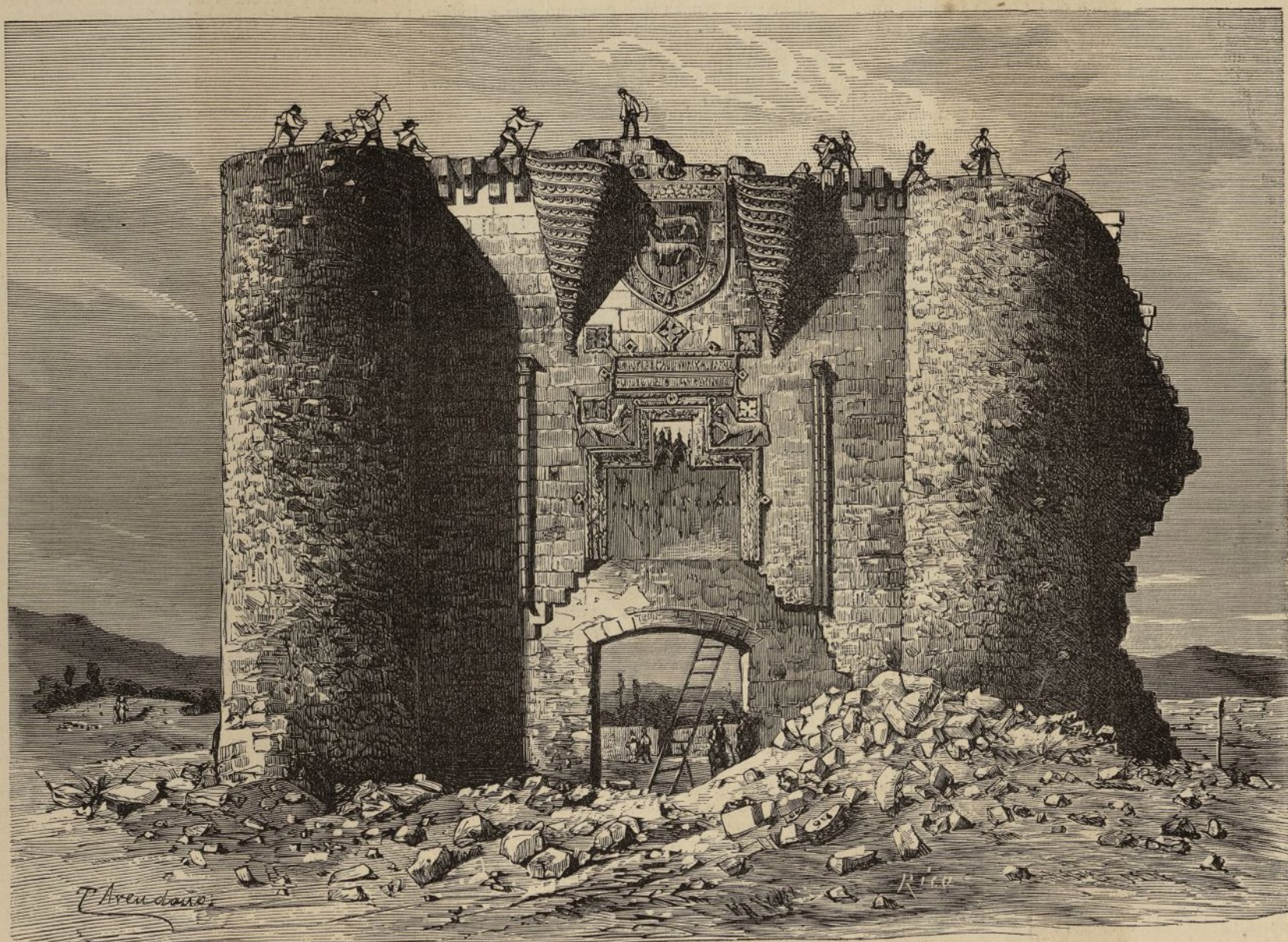
Tanta aplicación sin maestro, al estudio de un arte difícilísimo de suyo, aún recibiendo lecciones de los reputados por mejores, alcanzó muy luego resultados increíbles, cuando pocos años después, cursando filosofía en clase de alumno interno en el Seminario de Tudela, compuso algunas misas y otras obras que se ejecutaron con general aceptación y no menor sorpresa de los oyentes; por cuanto el joven Iñiguez con sola su inteligencia, puesto que continuaba careciendo de maestro, hacia extraordinarios progresos tanto en lo que se refería á la armonía como á la instrumentación y manejo de las voces. En Tudela puede decirse que se reveló el grande organista, alcanzando sus primeros triunfos artísticos en el órgano de la iglesia del Seminario y en el de la parroquia de San Nicolás, donde á beneficio de un permiso especial del Sr. Rector del Seminario, asistía en los días de grandes festividades religiosas.

Hemos oído referir la siguiente anécdota perteneciente á la época en que estudiaba en aquel Seminario. Cierta día que se estrenaba una Misa con

orquesta y órgano obligado, composición del maestro Enguita, de aquella ciudad, el joven Iñiguez, que asistía al coro con los demás colegiales, fué invitado para que tocara el órgano. Así lo efectuó; y acompañó la Misa con tal perfección, á pesar de no haberla ensayado, que dejó admirados á todos los oyentes; admiración que creció de todo punto, cuando al llegar al Ofertorio, ejecutó con gran maestría una improvisación imitando á maravilla el estilo especial del organista Sr. Malumbres, quien se dió por ofendido, y así se lo manifestó con severidad al joven Iñiguez.

Terminados los tres años de filosofía, pasó á Pamplona, en cuyo Seminario estudió *Lugares teológicos*; en el brillante exámen que hizo de esta materia, dejó tan complacido al tribunal, que le dió la nota de *sobresaliente*, con sentimiento de no encontrar otra más alta con que premiar su talento y aplicación. Incansable en los estudios de la música, los simultaneó con los de la teología, tomando lecciones del distinguido organista de aquella Catedral, el Sr. D. Damian Sanz, quien decía de él, admirado de sus rápidos progresos, «que aprendía en una lec-

HAZAÑAS DEL MODERNO VANDALISMO.



FACHADA DEL CASTILLO DE ASTORGA, EDIFICADA EN EL SIGLO XV Y DEMOLIDA EN AGOSTO DE 1872.

ción más que otros discípulos suyos en veinte.» Sólo así se comprende que en un solo curso de ocho meses, y teniendo que asistir á otras clases, adquiriese notables conocimientos de la armonía en toda su extensión, del contrapunto y fuga, y de la instrumentación.

Concluido aquel curso académico y encontrándose en vacaciones en el pueblo de su naturaleza, llegó á su noticia que el Cabildo de la Catedral de Jaen tenia anunciada la provision de la plaza de organista segundo de aquella santa iglesia, con el cargo de contralto ó violinista. Presentóse en aquellas oposiciones, y á no haber preferido el Cabildo la voz de contralto, es indudable que hubiese ganado la plaza. Tales pruebas de saber dió en los ejercicios, que el Ilmo. Sr. Asensio y Pobes, Obispo á la sazón de aquella diócesis, le ofreció el magisterio de música del Seminario de Jaca. Aceptó el Sr. Iñiguez, y en tanto que lo ejercía estudió en aquellas aulas dos años de teología dogmática y otros dos de moral, mereciendo la nota de sobresaliente en los exámenes de ambas asignaturas.

La inteligencia que manifestaba en el estudio de las ciencias sagradas, indujo á algunas personas á que le aconsejasen renunciara á la música, y concluyese los años de Escritura y Cánones, que habrían de habilitarle para hacer oposición á una canongía de oficio. Mas el joven Iñiguez, llevado de esa vocación que habia nacido con él, y le embargaba todas sus facultades para la música, no aceptó el consejo, fundándose en que su mente alcanzaba ya la comprensión de toda clase de conceptos, y que le era dado penetrar en los áridos secretos de la ciencia música.

Es así que después de haberse ordenado de presbítero, á la edad de veintidos años y dos meses, merced á un buleto de Su Santidad, marchó á Madrid, donde perfeccionó sus conocimientos musicales en el órgano, al lado del famoso organista D. Roman Jimeno; en la armonía con D. José Aranguren, y en la composición con el gran maestro Eslava, de quienes recibió las más señaladas pruebas de afecto, por ser, como decía Eslava, *un prodigio de disposición*, elogio de inestimable valor en aquellos labios, y que

tenia bien merecido, quien, como el Sr. Iñiguez, ganaba los cursos por semanas, y era en todas las clases el consultor de sus condiscípulos.

En este tiempo fué cuando se amaestró, tanto en la parte literaria como en la práctica, en todos los procedimientos del arte, oyendo las lecciones del señor Eslava. Verdad es, que á pesar de no haber tenido grandes maestros los llevaba aprendidos al Conservatorio; mas como la práctica sin la razón teórica es incierta, de aquí que al penetrar el Sr. Iñiguez los fundamentos en que se basan los procedimientos del arte, se hiciese notable bajo todos conceptos, en la composición y en el órgano; lo que dió ocasión á D. Roman Jimeno, de asegurar *que era en aquella época el mejor organista del reino*, por lo cual se complacía en invitarlo á tocar en San Isidro el Real en los días clásicos, á fin de que fuese conocido y admirado aquel de quien él decía *indigno maestro*.

En el mes de Diciembre de 1864, el maestro Eslava llamó al Sr. Iñiguez su discípulo predilecto, y le habló de esta manera: «Se han verificado en la Catedral de Sevilla oposiciones al beneficio de pri-

mer organista. Se me escribe que el concurso ha quedado abierto, porque el Cabildo no está satisfecho con el resumen de las censuras de los aspirantes, pues se quiere un artista digno de aquella iglesia; y se me pregunta si conozco alguno que quiera y pueda ocupar aquel puesto, en cuyo caso se abrirán nuevas oposiciones. Yo he pensado que en aquella capital hace falta un profesor como usted... Y, hablando con franqueza, debo decir á usted que yo considero á algunos de mis discípulos como apóstoles que deben propagar la buena doctrina del arte.»

El Sr. Iníiguez se inclinó ante la indicación de su maestro, y ofrecióse á tomar parte en las oposiciones á la plaza vacante en la Iglesia Patriarcal de Sevilla, para cuya ciudad se puso muy luego en camino, sin más recomendación que una carta del maestro Eslava, en la cual pedía á los censores *sólo justicia seca* para su discípulo.

Un día, cuya fecha no hace al caso, entró un sacerdote en uno de los almacenes de música de Sevilla, y extrañando el escaso surtido que en él había, manifestóselo así al dueño, quien herido en su amor propio, le dijo que á pesar de la pobreza aparente de su almacén, no dejaba de haber música bastante difícil de leer, y muy á propósito para probar el talento de cualquiera. Y esto diciendo, puso ante los ojos del desconocido, dos partituras de grande orquesta, manuscritas y originales de uno de los mejores profesores residentes á la sazón en la capital. El sacerdote las leyó de corrido, y de tal modo las dijo, que el dueño del almacén, profesor de música de gran práctica, le preguntó una y otra vez su nombre para salir del asombro que le causaba lo que acababa de ver y oír. El sacerdote se nombró *D. Buenaventura Iníiguez*, y manifestó el objeto que le traía á Sevilla: el dueño del almacén le saludó respetuosamente, diciéndole: «Sr. D. Buenaventura, trabajo mando á sus contrincantes en las oposiciones.»

Tuvieron estas lugar en el día señalado, y tan brillantes fueron los ejercicios que hizo el Sr. Iníiguez, que el resumen de la censura de los que con él actuaron, comparado con la de las anteriores oposiciones, es un elogio que honra inmensamente á dicho señor, á quien se consideró como único merecedor de la plaza.

En 20 de Mayo de 1865, el Sr. Iníiguez tomó posesión del cargo que tan dignamente desempeña en la actualidad en la Catedral de Sevilla. La vez primera que actuó fué en las Vísperas de la Ascension; y cosa extraña! el que en las oposiciones no quiso aprovecharse de los minutos que se concedían para pensar en los ejercicios; el que con imperturbable serenidad los hizo todos á maravilla admirando por su entereza, soltura y agilidad, tembló, según confesión propia, de pies á cabeza en aquella circunstancia; y, sin embargo, todas las personas inteligentes que le oyeron, afirman á una voz que estuvo á una altura inmensurable, y consolidó para siempre su fama en Sevilla.

El Sr. Iníiguez tiene un conocimiento superior del mecanismo del órgano, y sabe adaptar con gran maestría todos los géneros que caben en las innumerables combinaciones que se pueden hacer de los registros de ese grandioso instrumento. En el arte de acompañar no tiene rival: óigasele sino en esos días en que la orquesta actúa con el órgano obligado, y dígasenos si cabe más precisión, más propiedad á pesar de no ver el compás por estar la orquesta y las voces en el coro, lugar distante del sitio que ocupa el organista.

Como improvisador es inimitable. Sus improvisaciones son tan clásicas en cuanto al género y tan metódicas en cuanto á la estructura, que más parecen grandes piezas, fruto de un estudio concienzudo, que inspiraciones del momento; con la particularidad de que la inspiración y los dedos del maestro se subordinan con tanta exactitud á la voluntad que los dirige, que no ha faltado quien en diversas ocasiones se haya propuesto distraerle, hablándole al estar haciendo, por ejemplo, el ofertorio, de cosas muy ajenas á la música, sin haber conseguido su objeto; ántes bien, tuvo que confesar que nada había oído más clásico ni más metódico que aquellas improvisaciones hechas, al parecer, sin pensar y distraído. Y es que el Sr. Iníiguez posee la rara habilidad de hacer pasar un tema por todos los géneros, y la de producir con la combinación más simple de notas, una gran pieza de música, así como una facilidad pasmosa para sacar partido de todo y hacer imitaciones y esas progresiones que así cautivan al inteligente, como pasan al que no las sabe analizar por sus grandes efectos.

Muchas veces ha recibido los más grandes elogios de parte de esclarecidos profesores extranjeros; y áun de los labios de algunos de ellos ha escuchado la confesión de que en su patria no había quien rayase tan alto en el órgano como él. Pueden dar testimonio de la verdad de nuestra indicación el malogrado y gran compositor francés Felison David; el eminente pianista Ravina, y otros muchos maestros de alto renombre alemanes, ingleses y belgas, que le oyeron á puerta cerrada por lo forzado de los actos del culto, poniendo á prueba su génio musical con darle temas para todos los géneros, acabando todos ellos por confesar, después de haberle oído en los pasos más difíciles y de más complicada ejecución, que su habilidad era de primer orden, sobre todo en el contrapuntístico y fugado.

La Sociedad de Conciertos dirigida por el Sr. Vazquez, que vino á Sevilla el año de 1877, manifestó

deseos de oír en el órgano, á puerta cerrada, al señor Iníiguez, quien no tuvo reparo en complacerla, tocando bajo un tema durante *siete cuartos de hora*; con lo cual puso de manifiesto la inagotable fecundidad de su poderosa imaginación, al par que sus elegantes é infinitas maneras de frasear un tema cualquiera. La Sociedad quedó altamente admirada de la maestría y buen gusto con que ejecutaba el primer organista de la Santa Iglesia Patriarcal de Sevilla.

De regreso en Madrid, los profesores que componían la citada Sociedad, fueron á dar la enhorabuena al inmortal Eslava, por haber dado al mundo musical un discípulo tan aventajado como el señor Iníiguez. El gran maestro así se lo escribió á éste, añadiendo que su satisfacción era imponderable al oír los elogios que todos hacían de su discípulo. Algun tiempo después le escribió otra carta en la que le decía: «No podrá usted figurarse cuánto he gozado al oír hablar de usted al P. Rabanal (1), tan ilustrado en materias de arte, y que ha tenido á bien hacerme una visita.»

Como compositor la fama le coloca al lado de los primeros de España, no sólo por su génio, sino para la facilidad que tiene para amoldarlo á todos los géneros. Entre sus composiciones religiosas merece citarse en primer lugar, la magnífica Misa á grande orquesta y ocho partes reales, que compuso y dedicó al Cabildo de la Catedral de Sevilla en los primeros meses de su estancia en esta ciudad.

El maestro Eslava que examinó esta partición, escribió al Sr. D. Manuel Noriega, persona no menos entendida que aficionada á la música, «que tantos y tan rápidos progresos hacía el Sr. Iníiguez, que muy en breve alcanzaría el primer puesto entre los compositores.»

No son ciertamente de ménos mérito obras las que compuso para la solemnidad religiosa con que celebró Sevilla la restauración del famoso cuadro de San Antonio de Murillo. El maestro Eslava y todos cuantos las oyeron y ejecutaron, diéronle por ellas la más entusiasta enhorabuena.

En el género puramente instrumental, ha escrito, entre otras cosas una gran sinfonía titulada *La Española*, que se ejecutó con general aplauso en la inauguración de los conciertos de la Sociedad de Sevilla. Además tiene escritas diversas obras para cuartetos de cuerda, y para diversos instrumentos; pues es de saber, que el Sr. Iníiguez, á fuer de músico consumado, conoce prácticamente la mayor parte de ellos; sobre todo el piano, cuyo mecanismo maneja perfectamente. Así es, que ejecuta en él de una manera admirable, y ha sacado muy buenos discípulos en este difícil instrumento, para el que ha escrito piezas, algunas de primer orden.

En el género dramático ha compuesto una ópera que no ha dado á la escena, por faltarle para terminar el cuarto acto dos números cuya letra no ha podido recabar todavía del autor del libreto. Finalmente, en *El Popular* ha publicado, entre otras cosas, unas *Malagueñas jaleadas*, características para piano, que son la delicia de los aficionados á este género de música nacional.

El Sr. Iníiguez es músico de inteligencia, de sentimiento y de corazón. Ama el arte como arte; no lo empujea ni lo bastardea nunca, y dice así á todo el que quiere oírle:

«El artista que ha estudiado cuidadosamente los elementos exclusivos que constituyen cada uno de los cuatro géneros, no podrá ménos de caracterizarlos perfectamente. El que se empeña en sacar de los principios de la tonalidad natural el género popular, claro es que lo desfigurará; así como el que se obstine en introducir en el género religioso toda clase de diseños, tanto rítmicos como melódicos, sin saber que los giros de este género son de carácter grave y mesurado, basado en las imitaciones vocales y en la modulacion armónica, lo hará más dramático que religioso. Y en el instrumental, ¿qué hará de provecho quien desconozca el carácter y oficio propio de cada instrumento, así como las combinaciones que de ellos pueden hacerse? Verdad es que son pocos los que escriben de un mismo modo y con la misma libertad en todos los géneros, y que sepan caracterizarlos debidamente. ¿Y á qué se debe atribuir esto? Precisamente á lo poco que han estudiado los géneros en particular.»

El Sr. D. Buenaventura Iníiguez es académico correspondiente de la de Bellas Artes de San Fernando de Madrid; socio de la de Amigos del País de Sevilla; Presidente de la Junta auxiliar de la Sociedad de Socorros mútuos de Sevilla, titulada *Union Artística*.

Ha publicado, hace años, un *Método de órgano*, que ha merecido ser calificado de uno de los mejores de Europa; ha escrito además un *Método de canto llano* para desterrar todas las corruptelas introducidas en él desde principios de este siglo.

Tiene dispuestas para dar á la estampa dos obras á cual más importantes, titulada la una *El Misal y el Breviario del organista*, con la que se propone uniformar la música sagrada como parte tan importante del culto católico, y hacer que desde el organista de aldea hasta el de Catedral, puedan llamarse con razón tales; pues fuera de que en esta obra se halla todo cuanto en la Iglesia debe practicarse en ese instrumento, todo cuanto se contiene en la obra mencionada está ajustada á los principios más seve-

(1) Superior del Colegio de la Compañía de Jesus en Sevilla.

ros del género religioso, y con relacion al mecanismo de tan grande y bello instrumento.

La otra obra, no ménos didáctica, tiene por objeto la educación literaria del músico, y se titula: *Nociones históricas de la música*. Está dividida en tres épocas: la primera comprende los tiempos anteriores á la venida de Jesucristo, y trata del origen y sistemas de música de los pueblos de la remota antigüedad; la segunda, de la música religiosa hasta el siglo XI, y la tercera recorre los adelantos de este arte en todos los pueblos de la moderna Europa.

Proyecta asimismo hacer un cuerpo de doctrina de todas las materias del arte, y trabaja en simplificar más y más las reglas y preceptos que se han establecido para su enseñanza, así como en deslindar con claridad todos los géneros, y sobre todo con su riguroso classicismo, se propone desterrar de los templos esa infinidad de irregularidades, que tanto en el órgano como en las composiciones religiosas se cometen con harta frecuencia por falta de meditación en los que componen y ejecutan; y como el Sr. Iníiguez tiene autoridad artística y deberes de sacerdote que cumplir, confiamos en que lo logrará.

Finalmente, llevado de su laudable afán de estudiar, examinar y comparar para saber, ha realizado en diversas ocasiones viajes en los países extranjeros, y héchose admirar en ellos como instrumentista y como compositor, y además como literato, escribiendo en varias Revistas musicales artículos doctrinales y críticos y analíticos de las óperas más selectas contenidas en los repertorios antiguo y moderno, trabajos que han merecido grandes elogios á su esclarecido autor.

JOAQUIN GUICHOT.

POESIAS

DE

DON CASIMIRO DEL COLLADO.

Cuenta Estéban de Garibay en sus *Memorias*, que hablando en cierta ocasión con el cronista Pedro de Alcocer, díjole éste con orgullo toledano: «No pensé yo que en Vizcaya había letras, sino armas:» á lo cual digna y reposadamente contestó el historiador de Mondragon: «Háylas, señor: húbolas siempre, y yo soy el mínimo de ellas.»

Si no fuera tan feo pecado la vanidad, áun la de patria y linaje, algo por el estilo, y quizá con mejor razon, debiéramos contestar los montañeses á los que tienen á nuestra gente por ruda y de pocas letras, aunque ladina y cautelosa. Decir, como cuentan que dijo Lista, que «del Duero allá no nacen poetas,» no pasa de ser injuria gratuita, y absoluto olvido de nuestra historia literaria. Dejemos que asturianos, gallegos y vascongados se defiendan por sí: en cuanto á nosotros, ¿cómo olvidar que montañés era el Pedro de Riaño, autor del *Romance del Conde Alarcos*, superior en bellezas de sentimiento á todos los de nuestra poesía popular y semipopular, y adorado y admirado por Madama Stael: que Rodrigo de Reinosa se llamaba el maligno juglar que aderezó el *Romance de la Infanta*, tan agudo y picante como un *fabliau* francés y más sóbrio que ninguno; y que desenfadadamente trazó los cuadros casi *aretinescos* de las *Coplas de las comadres*, y en infinitos pliegos sueltos derramó los rasgos de su fecunda y maleante vena; no ménos que los dos escolares Juan de Trasmiera y Jorge de Bustamante, autor este último de la comedia *Gaulana* y traductor de Ovidio? ¿Y nació por ventura á orillas del Tajo, del Bétis ó del Guadiana el ingenioso autor de los *Empeños del mentir*, de *El trato muda costumbre*, y de *El montañés indiano*, comedias imitadas por Molière y por Le Sage; D. Antonio de Mendoza, á quien llamaron el *Discreto de palacio*, y que en lo lírico brillara más si sus *discreciones* conceptuosas no enturbiasen el fácil raudal de su vena en sonetos y romances?

Esto sin contar con que además de *vencer reyes moros, engendramos quien los venciese*, y del solar de la Vega salió aquella fiera y alentada rica-hembra, madre del marqués de Santillana; y del valle de Carriedo vinieron á Madrid, por cuestión de amor y celos, los padres de Lope; y del valle de Toranzo los de Quevedo, que de montañés se jactó siempre.

Y viniendo á tiempos más cercanos, al siglo en que vivimos, nadie negará el título de poetas, y de no vulgares dotes, al santanderino Trueba y Cosío, que manejó la lengua inglesa con mayor elegancia y brío que la suya propia, y enarboló ántes que ninguno la enseña romántica, alcanzando en la novela histórica, al modo de Walter-Scott, lauros todavía no marchitos; á Campo-redondo, que con trabas de escuela y rasgos no infrecuentes de prosaísmo, se levantó, á veces de la medianía, en algunas de las rotundas y bien cinceladas octavas del canto de *Las armas de Aragón en Oriente* y en la oda *A los antiguos cántabros*; al melancólico y delicado Silió, honra de Santa Cruz de Iguña; al incorrecto y desmandado Velarde, de quien se ufana Hinojedo; al terso y clásico Laverde; al desenfadado y gallardísimo narrador de las aventuras de *Jándalo* y donoso realista, parodiador de la poesía bucólica en *Los pastorcillos*, D. José María Pereda, poeta cómico asimismo de fácil y abundante vena; á Juan García (Amós Escalante), incomparable maestro de lengua,

así en prosa como en verso; á Adolfo de la Fuente, traductor dichoso de Víctor Hugo, y á tantos más, de quienes fuera prolijo hacer memoria.

Montañés es también, aunque no todos lo saben, el Sr. Collado, y paisano mío dos ó tres veces, como nacido en mi provincia, en mi ciudad y hasta en mi barrio y calle. ¡Imagínese el pío leyente si le tendré afición y cariño! Pero no han de ser éstos parte á torcer lo recto y riguroso de mi justicia, y pienso que mis elogios, ántes han de parecer frios y mezquinos que hiperbólicos ó dictados por la amistad y el paisanaje. Tal y tan grande es el mérito de los versos del Sr. Collado, de cuyas circunstancias voy á informar al público, ya que alejado casi siempre de la Península mi amigo, su nombre no ha alcanzado hasta ahora en España toda la notoriedad y fama que merece.

Nacido y educado en Santander el Sr. Collado, fué á demandar como tantos y tantos otros montañeses, el secreto de la fortuna al Nuevo Mundo, y la fortuna se le mostró risueña y propicia; pero nunca, áun en medio de los azares de la vida mercantil é industrial, le hizo olvidar el sereno culto de las Gracias que por primera vez acariciaron su mente en el trasmerano valle de Liendo, al sonar en sus oídos la voz

del docto sacerdote, á cuyo celo debí entender los que el glorioso Lacio dió á las humanas letras por modelo: Maron y Livio, Ciceron y Horacio.

Quiere esto decir, que la educación literaria del Sr. Collado fué severa y rigurosamente clásica, y que en tal concepto se parece poco á otros poetas del Norte de España: á pesar de lo cual, hay en su vida una larga época é independiente y revolucionaria, y áun puede decirse que fué en Méjico uno de los corifeos del romanticismo. Nótese que hay versos entre los suyos fechados en 1840 y 41: en el período álgido de aquella calentura poética.

No condeno yo las tendencias que entonces siguió mi paisano, ni habrá quien tenga valor, si es artista, para condenar aquel movimiento que devolvió á nuestra poesía su independencia, plenitud, gala y generoso abandono, perdidos casi desde los tiempos de Calderon, y sembró, como rastros de luz á su paso, la amplia y vigorosa concepción de *Don Alvaro*, las pompas de la *Inmortalidad* de Espronceda, y los *Romances Históricos* del duque de Rivas, y *El Cristo de la Vega* y *El Capitan Montoya* de Zorrilla. ¿Cómo resistir á tales esplendores un mozo de aquellas calendas, y más si (como el Sr. Collado) era docto en lenguas extrañas, y conocía otros romanticismos, y podía embriagarse de color y de música en las *Orientales* y en las *Hojas del Otoño*, y escuchar absorto las penetrantes y desusadas armonías de *Childe-Harold*, del *Pirata*, de *Lara* y de la *Novia de Abydos*?

Pero no ha de negarse que lo que allí llamábamos romanticismo sirvió de pasaporte á una literatura tan falsa, amanerada y convencional como las *Arcaías* y el bucolismo del siglo xviii, y fué una calamidad en manos de los poetas mediocres. El toque estuvo en prescindir de ciertas formas é invocaciones mitológicas, en preferir asuntos de la Edad Media, y en variar mucho de metros, en no hacer anacreónticas ó églogas, sino *orientales*, *fantasías*, *pensamientos* ó *fragmentos*, donosa invención esta última para disimular lo vacío ó incoherente de la idea y del plan. Y á vueltas de todo, siguió estudiándose la naturaleza, no en sí misma, sino en los libros, y la expresión de los afectos continuó reducida á vana y ampulosa palabrería, y á la Edad Media diósele un colorido que nunca tuvo, y el convencionalismo y los versos de troquel lo inundaron todo, y del extremo Oriente, y de los oasis y de los harenos dijéronse tales cosas, que la gente, hastiada de falsos idealismos, ya de pastores, ya de moros y cristianos, acabó por echarse en brazos de un naturalismo más ó menos sano, que vário é inmenso como la naturaleza misma, abarca infinitos grados, desde la candorosa descripción de costumbres rústicas, hasta las postreras heces de la realidad.

M. MENENDEZ PELAYO.

(Se concluirá.)

CUANDO SOPLA EL VIENTO...

«Cuando sopla el viento, cuando el granizo azota los opacos vidrios, deléitome en recordar, sentado junto á la lumbre, los viajes que he leído: aquellos libros tan atractivos ejercen en mi ánimo una fascinación tal, que me admiro de no haber dado nunca la vuelta al mundo, de no haber sufrido nunca ningún naufragio, de no haberme visto envuelto en hielos, desollado, asado y comido.

Al rojizo resplandor de mi hogar, durante el crepúsculo de un día de invierno, surgen en torno mío de todos los puntos del globo y de todas las latitudes, una multitud de figuras y de escenas. Estas visiones no guardan orden ni hilación; aparecen y se disipan, acuden como sombras y se desvanecen de la misma manera. Cristóbal Colon, solo en el mar, con su tripulación sublevada, amenazadora, contempla desde lo alto de la popa de su nave la inmensidad de las aguas: allá á lo lejos, sube y baja con las olas una luz vacilante, como una antorcha en el barco de un pescador: es el astro brillante de un nuevo mundo.—Súcédale el viajero Bruce: preso en Abisinia, en vísperas de ser asesinado, líbrase

milagrosamente de la muerte. Ya de regreso en Inglaterra, los sangrientos horrores que ha presenciado interrumpen su sueño y se despierta sobresaltado; no puede acostumbrarse ya á aquella monótona vida; tiene sed de emociones y de nuevos peligros, y marcha por segunda vez. ¿Volverá?... Hé aquí una figura contemporánea, al capitán Franklin, que llega al término de su primera escursión (¡ojalá hubiese sido la última!) al través de los helados campos del polo ártico. Yace muerto de hambre, con sus valientes compañeros que no tienen fuerzas para levantarse de su miserable lecho. Los infortunados comparten las largas horas de un día interminable entre la oración, el recuerdo de las personas amadas que dejaron en el hogar, y la conversacion constante, aun en sueños, de los alimentos de que carecen.—Después aparecen los numerosos exploradores de Africa, consumidos de fatigas, solos, tristes, obligados á doblegarse á los caprichos de despotas borrachos, asesinos, traficantes en carne humana, oprobio de la humanidad.—Mungo-Park, desmayado bajo un árbol, es socorrido por una negra, y recuerda con agradecimiento que en este gran mundo siempre ha acudido en su auxilio el buen Samaritano en forma de mujer.

Una sombra proyectada en la pared, en la cual los ojos de un espíritu distinguen algún vestigio de una costa escabrosa, trae á mi memoria una terrible historia, ¡ay! harta verdadera. El *Grosvenor*, uno de los buques de las Indias que hacia rumbo á Inglaterra, fué á parar á las playas de la cañería: los oficiales, pasajeros y la tripulación, en número de ciento treinta y cinco personas, se decidieron á marchar á pie al través de desiertos intratables infestados de animales feroces y de salvajes, todavía más crueles, en dirección á la colonia holandesa del cabo de Buena Esperanza. Dividieron en dos grupos, que ya no debían reunirse en la tierra.

Contábase entre los pasajeros un huérfano de siete años, que al ver marchar el primer grupo prorrumpe en llanto, y recurre á un hombre bastante bueno para llevarle de la mano. El recurso de un niño tiene muy poca eficacia tratándose de hombres reducidos á tal extremo; no obstante, las conmuevas y le llevan. Desde este momento se convierte el muchacho en un depósito sagrado. Los marineros se echan á nado, y le hacen atravesar en una pequeña balsa, caudalosos ríos; y cuando la arena es muy profunda, y muy crecidas y espesas las malezas para sus tiernos pies, llévanle á cuestras relevándose en la carga. Ellos comparten con el muchacho el pútrido alimento que sostiene sus fuerzas; ellos le esperan cuando el robusto carpintero que se ha constituido en amigo y protector suyo, se queda rezagado. Asaltados por los leones y los tigres, por los salvajes, por la sed, por el hambre y la muerte en sus más horribles formas, nunca,—¡oh Padre del género humano, bendito sea tu nombre!—Nunca se ve el niño abandonado. El capitán, agotadas sus fuerzas, párase; su fiel contramaestre retrocede y se sienta junto á él; solo se levantarán ambos el día del juicio final. Los demás, en ello les va la vida, prosiguen su camino, sin abandonar nunca al niño. El carpintero muere envenenado por las bayas que comió, acosado por el hambre; y el administrador, transformado en jefe de aquella tropa, reemplázale en el cargo de protector del chico. Dios sabe cuanto hace por el pobre rapaz: le lleva alegremente en sus brazos á pesar de sentirse flaco de fuerzas y enfermo; le da de comer mientras las angustias del hambre le retuercen las entrañas; se despoja de su haraposito vestido para envolverle con él, y estrecha sobre su pecho abrasado por los rayos del sol, con ternura maternal, su cuerpecito, casi ya esqueleto, consuélale en sus padecimientos y le canta cojeando, sin cuidarse de sus pies heridos y ensangrentados. Separados hacia ya algunos días de sus compañeros, cavan una sepultura en la arena y entierran en ella á su buen amigo el contramaestre; ya no son más que dos solos en el desierto; además, imposibilitados para dar un paso más, ruegan á los que se han incorporado á ellos (en número muy reducido ya) que les esperen un solo día. Pasa aquel día, después otros dos, y la mañana del tercero pónese en movimiento lentamente y se disponen para continuar su marcha, haciendo sus preparativos silenciosamente, porque el niño duerme junto á la lumbre, y se ha convenido en no despertarle hasta el último momento. Ha llegado la hora, el fuego se ha apagado,—el niño está muerto.

Apenas tarda en ir á acompañarle su fiel custodio, el administrador. Grande es su dolor; se arrastra y tambalea, tiéndese sobre la arena y muere; pero su alma inmortal (¿quién puede dudarlo?) se habrá juntado con el alma del niño, mientras él y el pobre carpintero oirán el llamamiento de Aquel que ha dicho: «Lo que habeis hecho por el último de estos pequeñuelos, lo habeis hecho por mí.»

Cuando pienso en los que sobrevivieron á este harto célebre naufragio (tres ó cuatro á lo sumo), y en la leyenda que durante mucho corrió en manos de los oficiales ingleses del Cabo, de una mujer blanca que daba el pecho á un niño á la entrada de una choza salvaje, y que se suponía ser una de las pasajeras del buque naufragado, mujer á la que se buscó frecuentemente, sin que nunca pudiera ser hallada, acuérdomme de otro viaje.

Pienso en el viajero que arrancado de improviso de su hogar, ha recorrido una larga distancia sin poder regresar nunca; considero su profundo dolor, lo amargo de su angustia, la inutilidad de sus pesares, y su desesperación por no poder enderezar sus entuertos, ni hacer lo que dejó por concluir.

Porque descuidó muchas cosas poco importantes cuando se las mira de cerca, pero que vistas de aquella distancia, han adquirido una importancia enorme. ¡Cuántos beneficios ha dejado de agradecer! ¡Cuántas ligeras injurias ha dejado de perdonar! ¡Cuánto amor pobremente correspondido! ¡Cuántas amistades menospreciadas! Hubiera podido decir millones de buenas palabras, hubiera podido cambiar millones de tiernas miradas, y por medio de innumerables acciones fáciles y de poca monta, hubiera podido mostrarse verdaderamente bueno y grande. ¡Oh, exclamará, déseme un día, sólo un día para remediar y reparar! Pero ese dichoso día nunca se verá alumbrado por el sol y ya no volverá de su lejano cautiverio.

¿Por qué la suerte de ese desdichado viajero viene á reflejar sobre mí su sombra solemne en estos postreros días del año? ¿No debe llegar para mí el día en que deba emprender este viaje? ¿Quién me dirá si también yo, no me veré atormentado por harto tardíos remordimientos, si no veré desde mi destierro vacío el sitio que ocupaba en el hogar, é incompleta mi obra? Estoy de pie á orillas de este mar cuyas olas son años, y las veo sucederse unas á otras, estrellarse y caer de nuevo, sin que apenas pare yo mientes en ello; pero con cada ola sube la marea, y estoy seguro de que me arrebatará, como al viajero que ya no debe volver.»

Carlos Dickens escribía esta admirable página pocos meses ántes de verse sorprendido por una muerte repentina, y de dejar vacío su sitio en el hogar. ¡Así podamos nosotros, viajeros que penosamente marchamos hacia la eternidad, aprovecharnos de los proféticos avisos de aquella voz que sale del sepulcro!

LOS GRABADOS.

Fac-símile de una miniatura del libro de Horas de Ana de Bretaña, que representa la Anunciación de Nuestra Señora y la Encarnación del Hijo de Dios, pág. 277.

Aunque es difícil reproducir por el grabado las delicadas miniaturas de la Edad Media, tuvieron éstas tanta importancia en aquellos siglos, contribuyeron tan eficazmente al desarrollo del arte pictórico, son testimonios tan evidentes de la cultura de la Iglesia en los tiempos que se llamaron bárbaros, que era justo dedicarlos un recuerdo en LA ILUSTRACION CATOLICA.

Por más que se envanezca nuestro siglo de haber creado, ó poco menos, las publicaciones que se dicen ilustradas, por llevar grabados explicativos del texto, la verdad es que este procedimiento es muy antiguo, y tuvo en los miniaturistas de la Edad Media dignos cultivadores.

Dedicábanse especialmente á esta obra los monjes, porque eran los depositarios del saber de aquellos siglos, y empleaban, como es natural, su habilidad y su trabajo en ilustrar, como hoy diríamos, los manuscritos más nobles, por estar dedicados á Dios, á la Virgen y á los Santos. Abundan, sin embargo, los que sólo contienen obras científicas é históricas, pobladas de miniaturas, y sobre todo de letras iniciales que son admirables. La fecunda laboriosidad de aquellos artistas, que trabajan por la gloria de Dios, sin ninguna ambición personal, multiplican estas obras preciosísimas que hoy merecen la estimación de los más doctos.

Las miniaturas eran explicación del texto, ó más bien traducción gráfica del pensamiento expresado por el escritor, y como especie de comentario que hacia más interesante la lección del maestro. En un principio las miniaturas eran muy rudas, como podrán ver nuestros lectores en las que pronto publicaremos de los documentos compostelanos descubiertos por los doctos académicos Sres. Fita y Fernandez-Guerra, y que pertenecen al siglo xii; pero á medida que fueron adelantando los procedimientos del arte pictórico, las miniaturas se hicieron más bellas, más delicadas y más importantes.

Existe un monumento precioso del esplendor á que llegaron cuando el Renacimiento les prestó sus primeros destellos; este monumento, que es como el testamento sublime de un arte que iba á perderse, por la influencia irresistible de la imprenta, que acabó con los manuscritos, es un libro de *Horas* escrito y pintado en los primeros días del siglo xvi para una reina de Francia.

Ana de Bretaña, hija de Francisco II, casó en primeras nupcias con Carlos VIII, y gobernó á Francia durante la expedición de Italia. Muerto su marido se retiró á sus Estados, de donde la sacó de nuevo, para elevarla al trono, Luis XII. Esta princesa ha sido una de las reinas más ilustradas de Francia; protegió mucho las ciencias y las artes, y murió en 1514. A ella pertenece el libro de *Horas* cuya es la miniatura que representa nuestro grabado.

Tan precioso monumento perteneció después á Catalina de Médicis, y guárdase hoy como oro en paño en la Biblioteca Imperial de París. Las miniaturas que contiene anuncian ya el Renacimiento; pero aún conservan la forma severa, la expresión dulcísima, la suavidad angélica de los pintores trecentistas. Cuadros hay en el libro que no los hubiese desdeñado el mismo Rafael, y el que representa nuestro grabado no es de los peores, aunque la falta de colorido le hace perder parte de su expresión, suavidad y delicadeza.

Representa, como verán nuestros lectores, el misterio de la Anunciación de la Santísima Virgen, y lo representa con todo el simbolismo de la iconografía cristiana, inspirada en la teología y en las tradiciones de la Iglesia.

¡Qué dulzura y qué humildad resplandecen en la Virgen! ¡Qué respeto y qué serenidad en el Ángel que le anuncia el gran misterio! ¡Qué majestad y qué severidad en la aparición del Padre Eterno! ¡Ah! si el arte no hubiera tomado del Renacimiento más que la forma, y hubiera conservado el espíritu de la Edad media, ¡qué maravillas hubiera ejecutado y qué triunfos hubiera dado a la Iglesia! Pero por desgracia el arte al tomar nueva forma fué dejando el espíritu antiguo, y estos preciosos cuadros cierran el período de la pintura mística en Francia y en Italia.

Nuestra Señora de los Dolores, escultura de Zarcillo, pág. 280.

Al escoger una obra artística relativa al misterio de la Pasión para las páginas de la Revista, hemos querido que fuese española y poco conocida, y al efecto reproducimos el precioso grupo del escultor Zarcillo, que existe en Dolores, provincia de Alicante, digno de singular alabanza.

Cuéntase que este escultor, queriendo hacer una obra muy acabada, ideó la extraña escena de arrebatar a una hermana suya un hijo que tenía, haciendo luego correr la triste nueva de que había sido arrebatado por las aguas de un río. El dolor de la pobre madre no tuvo límites: en su semblante vinieron a reflejarse las angustias de su alma atribulada, constituyendo toda su figura un vivo cuadro de dolor. El escultor aprovechó aquellas horas de agonia de la pobre madre para modelar su semblante en la madera, y con esto creó la imagen principal del grupo que representamos. La tradición no dice más; pero es de creer que la hermana de Zarcillo, al saber el engaño, lamentó la ingeniosa inspiración del artista.

El grupo, que constituye una *Piedad*, ó una imagen de las Angustias, es bellísimo y de una verdad admirable. Zarcillo, aunque poco conocido, fué escultor de gran talento; siguió las tradiciones de la escuela *naturalista* española, y su único defecto es el haberla exagerado, cayendo alguna vez en el moderno *realismo*.

Dejemos para otra ocasión el trazar la biografía de este notable artista, cuyas obras religiosas le hacen acreedor á mayor fama de la que goza, y sirva de introducción á este trabajo el grupo de los *Dolores*, con que además conmemoramos los misterios de la Semana Santa.

Fachada del castillo de Astorga, edificada en el siglo xv y demolida en Agosto de 1872, pág. 281.

El monumento que representa nuestro grabado ya no existe. Cayó, como tantos otros, bajo los golpes de la piqueta revolucionaria, para dar lugar á una plaza de toros.

Este hermoso castillo, que hasta el año de 1811 permaneció en pie, fué levantado en el siglo xv y embellecido con los graciosos ornatos del estilo ojival de la decadencia y con las delicadas labores del

mudéjar, usada en tiempo de los Reyes Católicos. Perteneció á los marqueses de Astorga, título que recibió de Enrique IV la familia de los Osorios, y que corrió unido al de los ilustres condes de Villalobos en muchos y gloriosos hechos de la historia de España.

«Formaban este castillo, según descripción del Sr. Alvarez de la Braña, dos cubos terraplenados que flanqueaban el lienzo de la entrada principal del palacio, sobre cuya ancha puerta de arco rebajado se distinguían, en primer término, dos pequeños nichos dentro de sobrepuestos marcos tallados que sostenían dos lobas heráldicas; más arriba una lámpara ceñida con un cordón adornado de cinco semétricas cuadrifolias del estilo gótico florido; y como dando gracia y armonía á estos varios cuadros, dos pilarcitos laterales de esbeltos capiteles. Encerraba la lámpara en letras de relieve, los siguientes versos, divisa de la casa de los Osorios:

*Donde sus armas pusieron
Movellas jamás pudieron.*

En la parte superior de tan elegante portada, alzábase, coronado por tres conchas, que parecen recordar la batalla de Clavijo, el escudo de armas de la Casa, con bordadura formada de castillos y leones acuartelados entre arcos conopiales. A cada lado de este escudo avanzaban, en forma de conos invertidos sembrados de hilos de perlas en sus estrías, dos cubillos de heraldos ó bien pedestales de garitas, que daban cierto aspecto señorial á la fachada; patentizando además el estilo arquitectónico de su tiempo.

En 1811, la Regencia del Reino mandó destruir el castillo, y se destruyó; pero quedó la fachada como monumento artístico, hasta que en 1872 el ayuntamiento de la ciudad, que desde *Setiembre* de 1868 poseía el monumento, lo mandó derribar para levantar en aquel sitio, y con su poder, una plaza de toros.

Claustro de la Catedral de Barcelona, pág. 273 del número anterior.

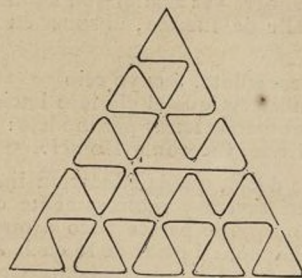
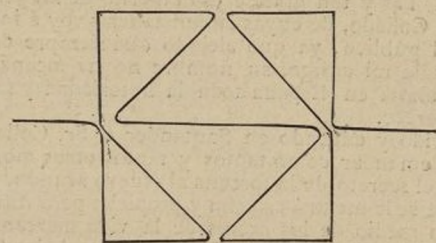
Es la catedral de Barcelona uno de los más gallardos monumentos del arte ojival que existen en España. Construida en diversas épocas, desde los últimos años del siglo xiii en que fué derribada la antigua catedral de D. Ramon Berenguer I, ostenta las diversas formas del estilo gótico en su período de mayor esplendor, y sobre todo aquella esbeltez y gallardía de los monumentos del siglo xiv al xv, en que se ejecutaron las principales partes de este edificio. Finalizaban los últimos días del xv cuando se comenzó á levantar el claustro que nuestros lectores han visto reproducido en el grabado. Fué autor de los planos el arquitecto Roque, el cual comenzó también la construcción, que á su muerte quedó muy poco adelantada. La prosiguió el maestro Bartolomé Gual, entrado ya el siglo xv, y cerró su última bóveda Andrés Escuder, el 26 de *Setiembre* de 1448.

Aunque este claustro no se ha conservado con la pureza artística que debiera, es sin embargo tan bello en su conjunto, tan digno de estudio en sus

pormenores, tan interesante por los recuerdos que atesora, que nadie podrá arrepentirse de la visita que le haga, antes al contrario gozará mucho respirando aquella atmósfera, refrescada con el cristalino estanque de las *Ocas*, ó impregnada, por decirlo así, en el aroma de los siglos medios.

X.

Solución del problema del número anterior:



JEROGLÍFICO.



(La solución en el próximo número.)

Madrid, 1880. — Imp. á cargo de D. B. M. Araque. Santísima Trinidad, 5.

Para los anuncios franceses, los Sres. J. Saisset y Bertal, 11, Rue Cadet, 11, París.

SECCION DE ANUNCIOS.

En Madrid: Centro de Publicidad de los Señores Storr y Muñoz, Ballesta, 7, bajo.

SUMA FILOSOFICA DEL SIGLO XIX

O SEA: DEFENSA DEL CATELICISMO CONTRA SUS MODERNOS ADVERSARIOS.

Colección de documentos demostrativos de la doctrina de la Iglesia en el orden dogmático, sobrenatural, filosófico, científico, político y social,

FORMADA POR

NARCISO JOSÉ DE PEÑALVER Y PEÑALVER, CONDE DE PEÑALVER.

El prospecto de la *Suma filosófica del siglo XIX*, ó sea: Defensa del Catolicismo contra sus modernos adversarios, colección de documentos demostrativos de la doctrina de la Iglesia en el orden dogmático, sobrenatural, filosófico, científico político y social formada por D. Narciso José de Peñalver y Peñalver, Conde de Peñalver, merece llamar la atención del público cristiano.

El primer tomo de esta obra consta de 598 páginas de impresión á dos columnas, de letra compacta, pero de buena lectura, y comprende el material de seis tomos, de tamaño ordinario; su precio: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo 2.º (1.ª parte) consta de 1.644 páginas, también á dos columnas, y comprende el material de 18 tomos: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo 2.º (2.ª parte) consta de 1.700 páginas; en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo intitulado *O'Connell, El anticristo y la revelación de San Juan* consta de 1.240 páginas, y comprende el material de 12 tomos; en rústica, (total de la obra, 95 tomos), 28 rs.; en pasta, 36.

Remitido cada tomo por el correo, franco de porte (sin certificar) se añadirán al precio en rústica 2 rs. y 3 en pasta.

Recibiendo los valores en libranzas sobre el Tesoro ó en letra, se remitirán los tomos al punto que se designe.

Importa mucho indicar la provincia á que el punto designado corresponda. Los pedidos se dirigirán á los Sres. Pons y Comp.ª, librería Católica, calle de Archs, 8, Barcelona.

El producto de la venta de todos estos volúmenes se dedica íntegro al dinero de San Pedro.

Puntos de despacho:

Barcelona: Pons y Comp.ª, Archs, 8; Sucesor de la Vda. Plá, calle de la Princesa; Vda. é hijos de Subirana, calle de la Puertaferri; D. Carlos Vives, plaza de Santa Ana; D. Eudalio Puig, Plaza Nueva.

Madrid: D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, 6; Vda. é hijo de D. Eusebio Aguado, Pontejos, 8; Sres. Perdiguer y Comp.ª, San Martín, 3, junto á la del Arenal, y en las demás librerías principales del Reino.

CONFITERIA DE GONZALEZ,

Postigo de San Martín, 21.

Especialidad en dulces finos á 5 y 6 reales libra.

Caramelos, pastillas y confituras á 5 y 6 id.: almibares de todas clases á 4 reales libra.

Se hacen encargos de ramilletes, tartas, manguitos, bandejas, etc., con prontitud y esmero. Todo se sirve á domicilio.

LADVOCAT DARQUET & C^{IE}

5 y 7, rue Lévesque, Argenteuil

PRÈS PARIS

FLOR DE CISNE, polvos adherentes con glicerina para los cutis delicados.

AGUA de la HADA de las ROSAS, contra las arrugas.

MEDALLA DE ORO

PARIS VERANO DE 1880 PARIS

AVISO A LAS SEÑORAS ESPAÑOLAS

LOS GRANDES ALMACENES DEL PRINTEMPS

EN PARIS

tienen la honra de anunciar á su numerosa clientela que acaba de publicarse el Catálogo General Ilustrado, que comprende la nomenclatura de las novedades de verano, sedería, de capricho, lana, etc., etc., así como los últimos modelos de las creaciones más lindas en trajes, confecciones y vestidos para señoras y niños.

Este precioso Album de la moda, contiene datos sobre el sistema de expediciones á España, franco de porte y de derechos de Aduana, sistema inaugurado con tanto éxito por los Grandes Almacenes del Printemps.

Las personas que deseen recibir dicho Catálogo gratis y franco de porte, se servirán pedirlo por carta franqueada á M. Jules JALUZOT.

GRANDES ALMACENES DEL PRINTEMPS

EN PARIS

NOTAS. El Catálogo á que se refiere este Anuncio se ha impreso en Castellano, Francés, Alemán, Holandés, Italiano, Sueco y Danés.